

La promesa de liberación

“El Señor Dios le dijo a la serpiente: “Pondré enemistad entre la mujer y ti, y entre tu simiente y su simiente; te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”. ”
— *Génesis 3:14,15*

EL HOMBRE, EL MÁS

elevado de todas las criaturas terrenales de Dios y dotado de facultades que reflejan la imagen del Creador, no pudo pasar la simple prueba de obediencia a la que estaba sometido. Había transgredido la ley de Dios y ahora

debe morir: “Polvo eres, y al polvo volverás”. (Gén. 3:19) A partir de entonces, toda la progenie de Adán heredó su pena de muerte. Todos nacen imperfectos e incapaces de resistir los estragos de la enfermedad. Todos finalmente mueren, porque “la paga del pecado es muerte”. —Rom. 6:23

Sin embargo, Dios todavía amaba a sus hijos humanos errantes, y aunque era necesario sentenciar a Adán y Eva a la muerte, Él dio una indicación de que se proporcionaría una oportunidad de liberación de la pena. Esta promesa de liberación está claramente implícita en la declaración a la “serpiente” de que la “semilla” de la mujer le magullaría la cabeza. Incluso esta oscura seguridad parecía dar a nuestros primeros padres una medida de

esperanza de que el Creador remediaría su difícil situación, porque cuando nació Seth, Eva dijo: “Dios... Me ha designado otra simiente en lugar de Abel, a quien mató Caín”. —Gén. 4:25

Eva, por supuesto, no entendía que la semilla de la que habló Dios sería el gran Libertador, el Mesías de la promesa y la profecía, y que pasaría más de seis mil años antes de que la “cabeza” de la serpiente fuera “magullada” o aplastada, por esta semilla. A medida que el plan del Creador se desarrolla a través de Su Palabra, se hace evidente que la obra de liberación implícita por la declaración de Dios a la serpiente sería realizada por no menos que un gobierno poderoso, o reino, bajo el control de la semilla de la promesa.

En el capítulo 20 del Apocalipsis, se nos proporciona más información sobre este reino y la liberación que traerá a la humanidad. De acuerdo con la seguridad aquí dada, incluso los muertos deben ser restaurados a la vida. Primero, sin embargo, viene la unión de “esa serpiente vieja”. Los versículos 1 y 2 dicen: “Vi a un ángel descender del cielo,... y agarró al dragón, esa serpiente vieja, que es el diablo y Satanás, y lo ató mil años”. En estos términos descriptivos, somos capaces de identificar la actividad de la serpiente en el Edén y conectarlo con el gran adversario y engañador del hombre. Junto con los versículos restantes del capítulo, estamos seguros de que el “moretón” mencionado por el Señor implica una liberación completa del flagelo del pecado y la muerte en la que la humanidad fue sumergida cuando fue inducida por Satanás a desobedecer la ley de Dios. Para explicar el asunto claramente, el pecado y la muerte no deben continuar para siempre.

PROMESA A ABRAHAM

Una promesa más expandida de liberación fue

dada a Abraham. Dios le dijo a Abraham: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra”. (Gén. 22:18) En el Nuevo Testamento, esta promesa a Abraham es llamada “el evangelio” [Griego: Anunciar buenas noticias de antemano] por el Apóstol Pablo, quien explicó que Cristo es la “semilla” que bendecirá a todas las naciones. (Gal 3:8,16) ¿Cuál es la bendición que Dios prometió que vendría a todas las familias de la tierra a través de la simiente de Abraham, que es Cristo?

Esta pregunta es respondida por el Apóstol Pedro en Hechos 3:21-25. Este pasaje de la Escritura es parte de un sermón pronunciado por Pedro en el cual él sacó una lección del milagro que él y Juan acaban de realizar—la curación de un hombre que era cojo desde su nacimiento. (Vv. 1-10) Él explica en su sermón que después de la segunda venida de Cristo habría un tiempo de restauración general, o “restitución”, como se traduce en nuestra Biblia de la Versión King James, y que así como se restauró la salud de ese hombre, todos deben ser restaurados en el período de “restitución” del plan de Dios. Entonces Pedro concluye: “Vosotros sois hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: Y en tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra”. — vs 25

LA PROFECÍA DE JACOB

La promesa de liberación que Dios hizo a Abraham fue reiterada a su hijo Isaac y a su nieto Jacob. Jacob tuvo doce hijos, y hacia el final de su vida los reunió a su alrededor y pronunció bendiciones sobre ellos individualmente. Estas bendiciones parentales tomaron la forma de profecías. Jacob dijo a su hijo Judá: “Judá es un cachorro de león; de la presa, hijo mío, has subido; se encorvó, como león y como león viejo; ¿quién lo despertará? No

será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Silo; y a él se congregarán los pueblos”. Gén. 49:9,10

Esta profecía fue pronunciada por Jacob mientras vivía en Egipto, y la referencia al león encorvado refleja esto. En Egipto en ese momento el derecho real reclamado de los faraones a gobernar fue simbolizado por un león encorvado. Al emplear así este símbolo Jacob estaba diciendo en su profecía que el “cetro”, el derecho a gobernar en lo que respecta a las promesas de Dios, pertenecía a su hijo Judá, y que a su debido tiempo nacería un descendiente, o semilla, de Judá cuyo nombre sería Silo. Para él la gente del mundo sería reunida a su debido tiempo; es decir, a través de Silo todas las familias de la tierra serían bendecidas.

El nombre “Silo” significa tranquilo, o pacífico. Es uno de los títulos del Antiguo Testamento asignados a Cristo el Mesías y sugiere que este libertador prometido sería un pacificador. De hecho, Cristo no solo establecerá la paz entre los pueblos y las naciones, sino que también será pacificador entre Dios y la humanidad, restaurando la armonía que existía antes de que el hombre transgrediera la ley divina. En una de las profecías notables del nacimiento de Jesús se le conoce como “el Príncipe de la Paz”, y se nos asegura que “del aumento de su gobierno y la paz no habrá fin”. —Isa. 9:6,7

En esta misma profecía se nos informa acerca del Príncipe de la Paz que “el gobierno estará sobre su hombro”. Este es el gobierno sobre el cual Silo, el pacificador, tiene el cetro, o el derecho a gobernar. Es el reino mesiánico, y en Miqueas 4:1-4 se presenta bajo el símbolo de una montaña: “El monte de la casa del Señor”. Estamos seguros de que en esta montaña, o reino, la gente aprenderá los caminos de Dios. En consecuencia, “con-

vertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en podaderas”, y las naciones no “aprenderán más sobre la guerra”.

OTRAS BENDICIONES DEL REINO

En Isaías 25:6-9 el Señor nos presenta otra promesa descriptiva de las bendiciones que alcanzarán a la gente en su “montaña”, el reino mesiánico. Una de estas bendiciones será la destrucción de la muerte. El Señor “tragará la muerte en victoria”, dice la promesa, y “limpiará las lágrimas de todos los rostros”. Otra bendición para alcanzar a la humanidad a través del reino de Cristo se describe como la destrucción de “la cara de la cubierta que se echa sobre todas las personas”. Esta es una “cubierta”, o velo de superstición y malentendidos que pertenecen a Dios y a Su propósito amoroso en la creación del hombre, y Su plan para restaurarlo a la vida.

Incluidas en esta “cobertura” que ha ocultado la verdad de Dios del pueblo, están todas las teorías deshonrosas de Dios que surgen de la mentira de Satanás a Eva, “Ciertamente no moriréis”. (Gén. 3:4) La mayoría se ha complacido al creer que “no hay muerte”. Sin embargo, damos gracias a Dios que esta mentira llamativa, junto con todas las otras nociones falsas que Satanás ha tejido en una “cubierta” y “arrojado sobre el pueblo”, será removida.

LA UVA AGRIA DEL PECADO

Otra promesa muy interesante y tranquilizadora de liberación del resultado del pecado original se encuentra en Jeremías 31:29,30. Este pasaje dice: “En aquellos días [los días del reinado del Mesías] no dirán más: Los padres han comido una uva agria, y los dientes de los hijos están en filo. Pero cada uno morirá por su propia

iniquidad; todo hombre que coma la uva amarga, sus dientes serán puestos en filo”. La lección aquí es obvia. Fue el padre Adán quien comió la “uva agria” original del pecado. El resultado ha sido transmitido a toda la raza humana. Todos han sufrido por este acto de desobediencia; todos han muerto o están muriendo.

Sin embargo, esto es para cambiar, nos asegura el Señor. “En aquellos días”, cuando la semilla prometida de Abraham gobierne como “el Príncipe de la Paz”, también estará dispensando bendiciones de salud y vida. Esto será posible porque Jesús tomó el lugar del pecador en la muerte, y durante su reinado ofrecerá a cada persona de la raza humana la oportunidad de obedecer y vivir. Ya no morirá la gente por el pecado de Adán. Si mueren en absoluto, será porque han comido individualmente la “uva agria” del pecado. Durante los “tiempos de restitución de todas las cosas”, explica Pedro, serán solo aquellos con pleno conocimiento los que voluntariamente desobedecen los que perderán la vida. — Hechos 3:23

CRISTO HA NACIDO

El nacimiento de Jesús confirmó la veracidad del testimonio profético concerniente a un libertador venidero y preparó el escenario para garantías futuras tales como se señala en las palabras anteriores del Apóstol Pedro. El ángel, al anunciar el nacimiento de Jesús, dijo: “No temas; porque he aquí, os doy buenas nuevas de gran gozo, que será para todos los hombres. Porque ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor”. ... Y de repente hubo con el ángel una multitud de las huestes celestiales alabando a Dios, y diciendo: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”. - Lucas 2:10-14

La expresión, “Para ti ha nacido este día”, marca

la diferencia esencial entre este anuncio angelical y las promesas que el Creador había dado previamente a través de los santos profetas. Estas promesas y profecías comenzaron a cumplirse. Una de las profecías identificó la ciudad en la que nacería el gobernante prometido. Iba a ser Belén, la antigua “ciudad de David”. (Miqueas 5:2; Lucas 2:4) Cuando el ángel anunció el nacimiento de Jesús, llamó especial atención a esto, diciendo que el Salvador nació “hoy” en la ciudad de David. Todas las promesas de Dios, comenzando con Su declaración en el Edén de que la cabeza de la serpiente sería magullada por una semilla de la mujer, implicaban una liberación venidera de la muerte. Ahora el ángel confirmó esto. El que nació en Belén iba a ser Jesucristo, el Salvador y Mesías de la promesa.

Fue un momento dramático para aquellos pastores en las colinas de Judea a quienes el ángel anunció el nacimiento del Salvador. De repente, se nos dice, una multitud de las huestes celestiales se unió al ángel, alabando y dando gloria a Dios, proclamando “en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”. Esta hueste celestial de ángeles había servido fielmente a Dios durante los muchos siglos durante los cuales él estaba haciendo sus promesas de una simiente venidera que bendeciría al pueblo. No entendían todas las implicaciones de esas promesas, pero sabían que eran expresiones de la buena voluntad de Dios hacia Sus criaturas humanas caídas. ¡Cuán alegremente, por lo tanto, deben haber proclamado el nacimiento de Jesús, sabiendo que era una manifestación de esta buena voluntad anunciada, y el comienzo del cumplimiento de las promesas de Dios!

EL MINISTERIO DE JESÚS

Jesús entró en su ministerio a la edad de treinta

años. (Lucas 3:21-23) Era un ministerio que armonizaba plenamente con el testimonio profético concerniente a él. Leímos que “él caminaba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios”. (Lucas 8:1) Estas buenas nuevas, que el ángel había dicho en su nacimiento, iban a ser “para todos los pueblos”. El Creador había enviado un Salvador y había hecho provisiones para el establecimiento de un reino a su debido tiempo a través del cual las bendiciones de la salvación del pecado, la enfermedad y la muerte llegarían a la gente.

No se hizo evidente de inmediato para los seguidores de Jesús que su reino no sería establecido inmediatamente. Solo más tarde se dieron cuenta de que era necesario que el Salvador muriera por aquellos que Él había venido a salvar antes de que pudieran ser liberados permanentemente de la enfermedad y la muerte. De hecho, les anunció que daría su carne “por la vida del mundo”. Sin embargo, ellos no entendieron de esta declaración que Su humanidad iría a la muerte como un sustituto, o rescate, por la vida perdida de Adán, y por toda la raza humana. - Juan 6:51; 1 Cor. 15:21,22,45; I Tim. 2:3-6

Sus doce apóstoles escogidos estaban con Jesús mientras “predicaba y mostraba” las buenas nuevas del reino. Fueron testigos de sus milagros de sanar a los enfermos, de limpiar a los leprosos, de echar fuera a los demonios e, incluso, de resucitar a los muertos. No se les puede culpar por suponer que este fue el comienzo de la verdadera obra anunciada de liberación, y que su reino se establecería inminentemente con sus bendiciones de salud y vida extendidas a “todas las familias de la tierra” como Dios había prometido que se haría a través del Mesías, la semilla prometida.

Los discípulos de Jesús no se dieron cuenta en ese momento de que los milagros maravillosos que realizó

estaban destinados meramente como ilustraciones del programa mundial de liberación y bendición que pensaban que estaba comenzando entonces. Aún no entendían que estas bendiciones debían esperar el logro de otros aspectos del gran propósito del Creador para la liberación de la humanidad. Todavía es gloriosamente cierto que en el debido tiempo de Dios se abrirán todos los ojos ciegos; todos los oídos sordos sin parar; todos los parados y los cojos hicieron sonar de extremidad; y ninguno de los pueblos dirá: “Estoy enfermo”. — Isa. 35:5,6; 33:24

Y del polvo de la tierra se levantarán las multitudes de los que duermen”. (Dan. 12:2) La sentencia de muerte, “polvo eres, y al polvo volverás”, habrá sido dejada a un lado por la muerte sacrificial del Salvador. (Gén. 3:19) Esa sentencia ya no será efectiva contra los miles de millones que han estado encerrados durante mucho tiempo en la gran prisión de la muerte, porque todos serán llamados de la tumba. - Juan 5:28,29; Hechos 24:15

NO MÁS MALDICIÓN

En Apocalipsis 22, el último capítulo de la Biblia, tenemos la esperanza de la liberación a través de Jesús y el reino que se nos presenta en un lenguaje simbólico significativo. Primero, vemos un trono, “el trono de Dios y del Cordero”. (vs. 1) El trono simboliza un reino. Fueron las buenas nuevas acerca del establecimiento de este reino que Jesús y sus discípulos predicaron tan fielmente. El Cordero es símbolo de Jesús y su sacrificio en nombre de la humanidad. Así se nos muestra que las bendiciones de vida prometidas de Dios alcanzarán a la humanidad a través de los agentes de un gobierno divino, estando disponibles a través de la muerte del “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. - Juan 1:29

Estas bendiciones prometidas son representadas por “un río puro de agua de vida, clara como el cristal”, que fluye desde “el trono de Dios y del Cordero”. “En medio de la calle de ella, y a ambos lados del río, estaba allí el árbol de la vida, que da doce frutos... y las hojas del árbol eran para sanar a las naciones”. (Ap. 22:1,2) Este lenguaje nos lleva de vuelta al Génesis, cuando Adán y Eva fueron expulsados del Jardín del Edén para evitar su participación en el árbol de la vida y vivir para siempre. (Gén. 3:23,24) En el reino mesiánico la vida estará disponible de nuevo, no solo para Adán y Eva, sino para toda la humanidad.

En Apocalipsis 22:3 se declara: “No habrá más maldición”. Una terrible maldición ha descansado sobre la humanidad, la maldición del pecado y la muerte. Incluso el suelo fue maldecido cuando nuestros primeros padres pecaron. (Gén. 3:17) Estas maldiciones han arruinado la paz y la felicidad de la humanidad. Nadie ha estado libre de ellas. Todos mueren como resultado de la transgresión de Adán. Sin embargo, Dios amó a la raza de los pecadores perdidos y moribundos, y proveyó un Salvador, la semilla de la promesa, quien como el Cordero dio Su vida en sacrificio como el precio de la redención. Ahora, aquí en este último capítulo de la Biblia, estamos seguros de que desde el trono de Dios y del Cordero, el “agua de vida, clara como el cristal” fluirá hacia toda la humanidad. Todos serán invitados a participar de esta agua reavivadora. “Ven, ...” se correrá la palabra y “tomará el agua de la vida libremente”. — Rev 22:17

LA SEMILLA MÁS GRANDE

Hemos centrado la atención en Jesús como la semilla prometida de bendición, el que heriría la cabeza de la serpiente. Ciertamente, todo honor debe ser dado a

Él por el lugar asignado a Él por el Creador en el plan divino para la liberación de la raza humana del pecado y la muerte. Sin embargo, las Escrituras señalan que Jesús tendrá asociados en su obra de gobernar y bendecir a la gente. El Apóstol Pablo revela esto. Después de decírnos en Gálatas 3:16 que Jesús es la semilla prometida de Abraham por medio de quien el pueblo sería bendecido, explica más adelante, diciendo: “Si sois de Cristo, entonces sois la semilla de Abraham, y herederos según la promesa”. — Gál. 3:27-29

Hay muchos textos de la Escritura que corroboran este punto. Pablo escribió que aquellos que sufren y mueren con Jesús vivirán y reinarán con Él. (II Tim. 2:11,12) Este grupo de fieles seguidores del Maestro también se identifica en Apocalipsis 20:4,6, y aquí se nos dice que vivirán y reinarán con Cristo mil años. Para que estos puedan vivir y reinar con Cristo, son sacados de la muerte en lo que las Escrituras describen como “la primera resurrección”.

UN MISTERIO

El hecho de que el Mesías de la promesa tuviera asociados que compartieran Su nombre mesiánico y Su gloria había sido mantenido en secreto por el Señor a través de todas las edades antes de la venida de Jesús en Su Primer Adviento. Escribiendo a los creyentes de Colosenses, el Apóstol Pablo dijo: “A quienes Dios quiso dar a conocer cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”. — Col. 1:27

En I Corintios 12:12-27, Pablo usa un cuerpo humano para ilustrar la relación entre Jesús y aquellos asociados con él en la disposición mesiánico. En esta ilustración Jesús es la Cabeza, y sus fieles seguidores son los

miembros de su cuerpo. Uno de los puntos principales de la lección que se expone en este capítulo es, como Pablo lo afirma en el versículo 27, que “Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y los miembros en particular”. Como hemos visto, Cristo es la semilla que fue predicha por Dios en el Edén cuando dijo que la semilla de la mujer heriría la cabeza de la serpiente, y el Apóstol Pablo escribió: “El Dios de paz herirá a Satanás bajo vuestros pies en breve”. — Rom. 16:20

Los discípulos originales de Jesús creían que Él era el Mesías prometido, y que Él establecería Su reino en Su Primer Adviento. No hasta después de ser iluminados por el Espíritu Santo en Pentecostés entendieron que antes de que el reino pudiera ser establecido, aquellos que se asociaran con Jesús como gobernantes en ese reino tendrían que ser llamados desde el mundo, probados, y de otra manera preparados para su posición exaltada con Jesús en su reino.

Esta preparación de los miembros del cuerpo de Cristo ha sido la obra del Señor en la tierra a través de los siglos desde la muerte y resurrección de Jesús. Se ha logrado en gran parte a través de la predicación del Evangelio de Cristo. El Evangelio mismo contiene la invitación a aquellos que escuchan y creen a tomar su cruz y seguir al Maestro hasta la muerte sacrificial. (Mat. 16:24) Jesús comisionó a sus seguidores a ir por todo el mundo y predicar el Evangelio, y esta comisión ha sido llevada a cabo por los fieles en cada generación. —Mat. 28:19,20; Hechos 1:8

UNA ESPERANZA ESPIRITUAL

La liberación del hombre del pecado y la muerte a través de las agencias del reino de Cristo verá a la humanidad restaurada a la vida como humanos perfectos

aquí en la tierra. Esto está en consonancia con el diseño original del Creador. Sin embargo, aquellos que califican durante esta presente Era del Evangelio a través de la obediencia y el sacrificio para vivir y reinar con Cristo en Su reino recibirán una recompensa espiritual o celestial. Jesús dijo a sus discípulos: “Voy a prepararos un lugar; y si me voy,... Volveré otra vez, y os recibiré en mí mismo; para que donde yo estoy, allí también vosotros estéis”. - Juan 14:2,3

Jesús prefiguró Su promesa en el versículo 2 de “preparar un lugar” para Sus seguidores con la declaración, “En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no fuera así, os lo hubiera dicho”. Jesús no prometió estas mansiones existentes a sus seguidores, pero dijo que iría a preparar un lugar para ellos. En cuanto a las mansiones, simplemente observó que ya existían en la “casa” de su Padre. Parece razonable concluir que la casa del Padre es todo el universo. Todo le pertenece y es todo su dominio. En este dominio hay varias mansiones, o lugares de morada, planos de existencia o esferas de vida.

La tierra es una de estas esferas de la vida. Es aquella en la que Dios diseñó que Sus criaturas humanas pasaran la eternidad—la “mansión” que Dios creó para el hombre. Además, “no la creó en vano, la formó para ser habitada”. (Isa. 45:18) Como Jesús prometió a sus discípulos, sin embargo, se fue a preparar un lugar para ellos. Mucho se dice en la Biblia acerca de este lugar. Es vagamente predicho en el Antiguo Testamento y descrito en el Nuevo Testamento como una “herencia incorruptible, sin mancha, y que no se desvanece, reservada en el cielo”. Se dice que aquellos para quienes este lugar está preparado son “participantes del llamamiento celestial”. — I Ped. 1:4; Heb. 3:1

En nuestro estudio de la Biblia, es esencial tener

en cuenta que sus promesas celestiales son solo para los seguidores de Jesús durante la era actual, un “pequeño rebaño”. (Lucas 12:32) Estos seguidores deben ser asociados con Jesús en la gran obra de restaurar a toda la humanidad a la vida en la tierra en el reino mesiánico venidero. Teniendo en cuenta esta distinción, encontraremos armonía en las muchas promesas maravillosas de la Palabra sagrada. Nos regocijamos mientras esperamos la liberación de la humanidad del pecado, la muerte y todos los muchos problemas y dificultades relacionados que han plagado a la raza humana durante miles de años. Esto, como hemos visto, se logrará a través de la semilla prometida, que es atar y finalmente destruir a Satanás, y bendecir a “todas las familias de la tierra”. ¡Regocijémonos ante la promesa y perspectiva de liberación para la creación humana de Dios! ■